

reducir notablemente sus emisiones de gases invernadero sino asimismo de comprometerse a asistir a las naciones más pobres para que puedan adaptarse a los impactos climáticos y emprender políticas de desarrollo que no sean nocivas para el planeta. Ese es el camino hacia la justicia climática.

También el liderazgo en los países en desarrollo debe enfrentar el desafío; muchos de ellos han pasado por décadas de mal manejo o descuido del ambiente y las actuales políticas gubernamentales siguen siendo ampliamente inadecuadas.

Algunos gobiernos han tolerado o incluso facilitado el saqueo de los bosques y selvas, la degradación del suelo e insostenibles prácticas agrícolas. Todo ello ha incrementado la probabilidad de que las lluvias estacionales no sean normales, que la capa fértil del suelo se erosione y que se desertifique la tierra. Estas condiciones llevan al crecimiento de la pobreza e incentivan luchas desesperadas y mortales por los escasos recursos que quedarán.

En un mundo así la paz es esquiva y los recursos que deberían usarse para proteger el ambiente se destinan a hacer frente a los conflictos y a la inseguridad general.

Es mucho lo que está en juego como para seguir tolerando maniobras dilatorias o políticas arriesgadas e imprevisoras. Si fracasamos ahora las futuras reuniones cumbres deberán concentrarse en paliar los costos en vidas humanas y de recursos que traerá aparejada la crisis climática.

El Premio Nobel de la Paz da a Obama una mayor oportunidad para continuar alentando al mundo hacia la curación de viejas y nuevas heridas y a aprender a coexistir en paz. La entrega del premio el pasado 10 de diciembre, coincidió con la Conferencia Mundial sobre el clima en Copenhague. Esta es la gran ocasión para que los líderes mundiales demuestren que entienden la naturaleza singular del desafío y que están preparados para encararlo. Ha llegado la hora de las decisiones. El cambio climático no exige nada menos que eso. □

Religiones y paz

Gunnar Stålsett

OBISPO LUTERANO Y MODERADOR DEL CONSEJO EUROPEO DE LÍDERES RELIGIOSOS.

Oslo. “La paz del corazón y de la mente y la paz de la sociedad están intrínsecamente ligadas. La

paz y la justicia son inseparables, como también lo son la verdad y la reconciliación. La paz es que los hambrientos sean alimentados, que los pobres sean ayudados, que los enfermos sean curados, que los oprimidos sean liberados y que los marginados tengan voz. Paz es protección contra la violencia y se experimenta al hacer que las guerras y los conflictos armados se transformen a favor del desarrollo y la construcción de una nación.”

Esas palabras están en el preámbulo de la Declaración de Lille sobre una Cultura de Paz hecha pública por el Consejo Europeo de Líderes Religiosos - Religiones para la Paz el pasado mes de mayo. El consejo reúne cerca de 30 destacados líderes religiosos de todas partes de Europa: cristianos, musulmanes, judíos, hindúes, budistas, sijs y zoroástricos que reconocen la profunda relación entre la cultura, la paz y la religión, así como entre el bienestar individual –físico, mental y espiritual– y la cohesión y las armoniosas a nivel social.

Durante casi 40 años he tenido el privilegio de participar en intentos a

Poco podemos hablar de guerras de religión, pero a menudo es usada para legitimar a los violentos

favor de procesos de paz y de reconciliación alrededor de todo el mundo: de Guatemala y Namibia a Kosovo, Sri Lanka y Timor. Las culturas, los idiomas y las tradiciones de estos países varían enormemente. Cada uno tiene su particular belleza y sus retos específicos. Pero en cada uno de los países que padecen conflictos he comprobado, sea para bien como para mal, la importancia de la religión.

Raramente podemos hablar de guerras de religión, pero a menudo vemos que la religión es usada para dar legitimidad a quienes promueven la intolerancia y la violencia. Pero también vemos con frecuencia comunidades religiosas que apoyan con coraje la paz y la no violencia, así como líderes religiosos que extienden sus manos hacia quienes están en el lado opuesto diciéndoles que su religión les impone construir puentes y derribar muros.

En Bosnia-Herzegovina los líderes de las cuatro mayores comunidades religiosas se reúnen regularmente en el Consejo Interreligioso y buscan caminos para profundizar su cooperación. En Sri Lanka, monjes budistas se cogen de las manos con sacerdotes hindúes,

obispos cristianos y líderes musulmanes para encarar la situación de los desplazados internos a consecuencia de la guerra en el norte del país.

Con demasiada frecuencia las memorias –individuales y colectivas– son causa de conflictos. Se pueden conseguir muchas cosas, no por olvidar el pasado sino recordándolo de manera distinta. En muchos enfrentamientos, una cuestión crucial es la de cómo reconciliar nuestras memorias. Las religiones proporcionan las palabras para ello: perdón, reconciliación, conversión.

Históricamente muchas partes de Europa han sido dominadas por la agricultura. A menudo, las granjas han sido propiedad de una familia durante muchas generaciones. Se dice que el éxito de un agricultor se da cuando él o ella pasan la propiedad a la siguiente generación con alguna mejoría respecto a cuando se hizo cargo la generación pasada.

Toda tierra debe ser cultivada y mejorada. Los métodos agrícolas deben adaptarse a los cambios en la sociedad y al uso de las nuevas tecnologías. Y no obstante los cambios y las mejoras, la granja sigue siendo la misma, aunque las nuevas generaciones tienen un mejor punto de partida que el de sus padres.

Las tradiciones religiosas actúan del mismo modo. Deben ser cultivadas. Es preciso nutrir todo aquello que permita producir buenos frutos y eliminar lo que perjudica una buena cosecha. Y si alguien intenta aprovecharse de las tradiciones religiosas para promover sus propios objetivos, para incitar el odio, la intolerancia o la violencia, debemos confrontarlo con energía y proteger lo que nos ha sido confiado.

Las religiones y las culturas están siempre en movimiento. Son dinámicas, aunque a veces lentas en el cambio. Una cultura de paz, por lo tanto, no es una situación estable y armoniosa que puede ser alcanzada en algún momento del futuro, sino un proceso constante de forma y reforma de las identidades a las que pertenecemos.

Los conflictos son a veces necesarios y la reconciliación siempre tiene un precio. El papel de las religiones en la promoción de las culturas de paz no es el de hacer desaparecer los conflictos sino el de ayudarnos a transformarlos para que podamos avanzar en nuestra búsqueda de la paz, la verdad y la justicia; y ayudarnos a reconciliar nuestras memorias y a enfrentar el futuro con una esperanza arraigada en aquello que va más allá de nuestra propia experiencia.

La cultura de paz se promueve a través de un diálogo paciente caracteri-

zado por la sinceridad sobre nuestra propia fe y una sinceridad respetuosa hacia las tradiciones sagradas “del otro”. Para mí, las palabras y los caminos de Jesús nunca pueden ser oscuros sino siempre transparentes en mis encuentros con aquellos cuyas fuentes de sabiduría provienen de una creencia diferente. Para que una cultura de paz se arraigue es necesaria una acción común entre diferentes grupos religiosos tanto a nivel jerárquico como en sus bases. El diálogo se ha de traducir en un lenguaje corporal visible y marcado por valores compartidos y un espíritu de servicio y de solidaridad. Los actos de piedad y justicia tienen más sentido que las palabras sobre nuestra espiritualidad. Esta es la esencia de las palabras de Jesús: Benditos sean los pacificadores. □

Los desafíos del deshielo

Manuel Manonelles

DIRECTOR DE LA FUNDACIÓN CULTURA DE PAZ-BARCELONA

Poco a poco se confirma que el deshielo de los polos, tanto del Ártico como del Antártico, se está produciendo a un ritmo sensiblemente superior al inicialmente previsto. Las consecuencias sobre la paz de este fenómeno, que es una de las principales consecuencias del cambio climático, son enormes.

En primer lugar, el deshielo se produce también en los glaciares y zonas de alta montaña que hasta hoy eran consideradas de nieves perpetuas. Un caso paradigmático es el de la frontera alpina entre Suiza e Italia donde recientemente, y durante las rutinarias tareas de revisión de dicha frontera, se ha detectado la desaparición física de varios tramos de la misma que, desde 1861, estaba fijada encima de placas de hielo o de nieve perenne. En este caso, la lógica de lustros de relaciones pacíficas se ha impuesto, y el tema va por la vía de la solución técnica mediante una comisión entre los dos países.

Es importante recalcar que las implicaciones que casos como estos pueden tener en otros contextos geográficos y políticos son realmente preocupantes. El potencial desestabilizador que podría tener una situación parecida en la frontera entre India y Pakistán, sobre todo en la zona de Cachemira o concretamente en el gla-

ciar de Siachen donde desde el 1984 han muerto ya más de 3.000 soldados de ambos países en operaciones militares, es enorme. Y lo mismo en lo que se refiere a la tensa frontera entre India y China, o la más que problemática frontera entre Afganistán y Pakistán que, con el deshielo, será progresivamente aún más porosa contribuyendo así a un incremento de desestabilización de los que ya son dos de los países más inestables del mundo.

Otro efecto de gran calado es la progresiva apertura, también por el deshielo, de los conocidos como pasos del Noroeste y del Noreste; es decir la apertura de nuevas rutas marítimas por zonas hasta ahora impracticables que cambiarán radicalmente las dinámicas comerciales a escala global. Con el paso del Noreste, que ya ha sido utilizado por primera vez recientemente, la navegación por el norte de Rusia reducirá en más de 4.000 kilómetros la distancia entre los puertos de Japón, Corea y China con los puertos de Hamburgo, Rotterdam o Southampton. En el caso del paso del Noroeste, navegando por

Pueden haber unos 200 millones de nuevos refugiados por causas ambientales

el Norte de Canadá, ocurrirá algo similar entre los puertos de la “fábrica del mundo” y los puertos de la costa este americana. La apertura de estas rutas cambiará totalmente las dinámicas del comercio intercontinental y puede convertir en irrelevantes zonas que hasta ahora eran consideradas clave desde el punto de vista geoestratégico, como los canales de Suez y de Panamá.

A esto se le suman las expectativas de enormes reservas de materias primas en el ártico (sólo en petróleo la agencia rusa TASS calcula unas reservas de más de 10.000 millones de toneladas), cada vez más accesibles por el deshielo, lo que está provocando una carrera por el control de la zona que ha incrementado la tensión entre los países –sobre todo Rusia, Noruega, Dinamarca, Reino Unido, Canadá y los Estados Unidos– e incluso ha disparado la carrera armamentística en la zona. Este es el caso de Canadá, que el año pasado aprobó una partida extraordinaria de 6.900 millones de dólares para reforzar su presencia militar en la zona ártica de su país; o el de Rusia, con la reanudación de los vuelos tácticos de bombarderos nucleares en las zonas polares, hecho que ya

ha generado protestas de varios países.

Paralelamente, esto también explica en parte, la gran celeridad con la que la Unión Europea está promoviendo la adhesión de la Islandia en bancarrota para asegurarse una buena posición en las futuras negociaciones y reclamaciones territoriales en la zona, ante las futuras posibilidades de acceso al “festín ártico”.

El deshielo de los polos es también el principal causante del incremento del nivel del mar que tiene otras consecuencias irreversibles de carácter territorial, social y económico, como la desaparición física –total o parcial– de varios estados insulares del pacífico a unos años vista (Maldivas, Samoa, Kiribati, etc.). Obviamente esto conlleva todas unas implicaciones, incluyendo –aparte de los dramas personales, ambientales, culturales y nacionales que esto significa– las de tipo político y jurídico respecto de la viabilidad de futuros estados sin territorio. Pero además, el incremento del nivel del mar amenaza gravemente a una parte de las principales infraestructuras a escala mundial como puertos, refinerías, aeropuertos, centrales nucleares, que se encuentran, en muchos casos, muy cercanas o a nivel del mar.

A esto tenemos que sumarle que gran parte de la población mundial vive en zonas muy próximas al mar, empezando por las megapolis como Mumbai, Londres, Nueva York, Shanghai, Tokio o Buenos Aires o siguiendo por zonas densamente pobladas como el delta del Ganges en Bangladesh, donde la subida del nivel del mar ya está causando estragos por la progresiva contaminación del agua y otros efectos derivados. Estudios recientes apuntan hacia la posibilidad de unos 200 millones de nuevos refugiados por causas ambientales en los próximos años; refugiados que no harán sino incrementar la presión humanitaria y las tensiones en estas zonas, exacerbando los conflictos existentes o latentes.

El Foro Humanitario Global ha presentado este año un informe que demuestra de manera contundente que hoy en día se pueden cuantificar ya en 300.000 los muertos anuales por causa del cambio climático. Las perspectivas a medio y largo plazo son aún superiores. En este contexto, la urgencia de la lucha contra el cambio climático es fundamental también para un futuro en paz, por lo que es necesario que los esfuerzos de la comunidad internacional en este sentido surjan efecto lo más pronto posible. □